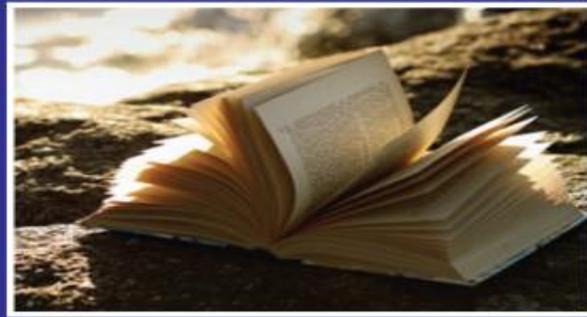


# El suicidio

y otros comportamientos  
autodestructivos en jóvenes universitarios  
de Colombia y Puerto Rico:  
acciones, interacciones  
y significaciones



Jaime Alberto Carmona Parra, Diana Esperanza Carmona González,  
Norma Maldonado Santiago, Carmen Rivera Lugo, Olga Lucía Fernández Arbeláez,  
Sandra Constanza Cañón Buitrago, Sara Victoria Alvarado Salgado,  
Juan Carlos Jaramillo Estrada, Mariela Narváez Marín, Diana Carolina Fandiño Tabares,  
Daritza Vélez Pérez, Héctor José Velázquez González



## **CAPÍTULO 3.** El suicidio y otros comportamientos autodestructivos a la luz del interaccionismo simbólico

### **Modelo de citación**

Carmona Parra, J. A., Jaramillo Estrada, J. C., Maldonado Santiago, N., Rivera Lugo, C., Fernández Arbeláez, O. L., Narváez Marín, M. y Alvarado Salgado, S.V. (2017). El suicidio y otros comportamientos autodestructivos a la luz del interaccionismo simbólico. En J.A., Carmona, et al. (Comp.). *El suicidio y otros comportamientos autodestructivos en jóvenes universitarios en Colombia y Puerto Rico: acciones interacciones y significaciones*. (pp. 55-68). Manizales: Universidad de Manizales.

### 3. El suicidio y otros comportamientos autodestructivos a la luz del interaccionismo simbólico

Jaime Alberto Carmona Parra  
Juan Carlos Jaramillo Estrada  
Norma Maldonado Santiago  
Carmen Rivera Lugo  
Olga Lucía Fernández Arbeláez  
Mariela Narváez Marín  
Sara Victoria Alvarado Salgado

El interaccionismo, como doctrina filosófica, es menos conocido que el determinismo y el indeterminismo, pero ha tenido amplios desarrollos en el campo de las ciencias sociales. Si bien las ideas interaccionistas se podrían rastrear hasta la Grecia Antigua, el término mismo “interaccionismo”, y la fundación de una tradición filosófica con este nombre, se atribuye al filósofo George Herbert Mead (1863-1931). En la explicación del comportamiento humano y en la concepción de la subjetividad, el interaccionismo ofrece una visión alternativa que supera y a la vez incluye la dicotomía entre las visiones deterministas e indeterministas. El determinismo propone el sujeto como determinado; el indeterminismo como determinante y el interaccionismo como emergente.

El concepto de interacción, en Mead, supone la existencia de un sujeto que no está totalmente determinado, ni se autodetermina plenamente. Es decir, que siempre

posee algún grado de autodeterminación relativa a su capacidad de agencia y a las coordenadas vinculares del contexto en el que interactúa.

El interaccionismo no concibe al sujeto como una esencia que posee unas determinaciones intrínsecas y tampoco como un producto social fundamentalmente determinado por su entorno; lo concibe como un emergente de las interacciones. Todo ser humano en cada evento de interacción interviene como un agente activo con otros agentes sociales igualmente activos. Como producto de la interacción, emerge en cada actor social una subjetividad que no estaba antes del proceso de interacción y que, una vez concluye ese proceso específico de interacción, deja su lugar a otra subjetividad emergente de otro evento interaccional. También la mente humana es concebida por el autor como un proceso de autointeracciones permanentes: “La persona, en cuanto puede ser un objeto para sí, es esencialmente una estructura social y surge en la experiencia social” (Mead, 1934, p. 51). Entonces, una interacción social sería un vínculo entre dos estructuras de auto-interacción y a su vez se presenta en el marco de una estructura mayor de interacciones que el autor llama el “Otro generalizado”, “El papel del otro, como destinatario de las representaciones del malestar y de las ideaciones autodestructivas del sujeto, es fundamental para la prevención de comportamientos autodestructivos en general y en el escenario universitario en particular” (Carmona y Cañón, 2016, p. 122).

El reconocerle la condición de agente activo al sujeto no quiere decir que siempre sus interpretaciones y transformaciones que produce en su realidad sean positivas; como dice Herbert Blumer “pueden dejar mucho que desear” (1982, p. 47). No se trata, pues, de una visión idealizada de la subjetividad, sino un presupuesto que constata que todo ser humano transforma la realidad simbólica que habita. Los genios hacen transformaciones geniales en sus respectivos campos; los seres normales y anónimos hacen transformaciones modestas en sus entornos inmediatos.

Otro elemento fundamental del presupuesto interaccionista de la subjetividad es que ese sujeto activo y transformador de su mundo se relaciona con la naturaleza y la realidad empírica a partir de un universo simbólico en el que habita como intérprete. Esta es una idea radical de unos alcances profundos. Habitar un mundo simbólico como intérprete equivale a pensarlo como capaz no solo de transformarlo sino incluso de recrearlo y reinventarlo. La idea de Heidegger del lenguaje como “casa del ser” (2003) p. 1), y los juegos de lenguaje de Wittgenstein como estructurantes de la experiencia

humana, son totalmente congruentes con esta visión interaccionista del sujeto que habita el lenguaje como intérprete.

Una visión interaccionista de un fenómeno como el suicidio implica reconocer la existencia de factores biológicos, psicológicos, sociológicos, etc., que pueden influir de diferentes maneras en un ser humano para que atente contra su propia vida. Pero, por principio, la visión interaccionista no acepta una explicación determinista unicausal ni multicausal, porque en su concepción del ser humano está presente siempre la capacidad de agencia, o sea la condición de todo actor social para intervenir como agente activo en cada uno de los eventos de su existencia.

Ahora bien, el reconocimiento de esa capacidad de agencia no autoriza a incurrir en el deslizamiento hacia la idea de la conciencia soberana y la autodeterminación plena; siempre exige examinar las acciones sociales de los seres humanos, en relación con el contexto simbólico y el conjunto de las interacciones en las que emergen.

Finalmente, como lo plantean Carmona y Cañón (2016):

Todos nuestros vínculos están organizados por juegos de significados y que no existen acciones humanas que puedan abstraerse del vínculo y el contexto socio-simbólico en el que se producen. Una caricia o una agresión no son asuntos que ocurren en el vacío, se dan en el contexto de una interacción, con un padre, un par, un superior, un extraño...y esa interacción anudada a las circunstancias que la rodean son los elementos que le dan su significado último. (p. 113)

### **3.1 Las predisposiciones y las influencias no son destinos inexorables**

La predisposición genética en algunos suicidios es una hipótesis explorada en algunos sectores de la comunidad científica, pero que hay que cuidar de mantenerla en su justo lugar. Una predisposición es una disposición hacia algo, no una condena inexorable o un destino fatal. Diferentes sujetos con una misma predisposición neurológica a la depresión, o una pulsión de destrucción particularmente elevada, pueden orientar su acción de manera diversa con consecuencias individuales y sociales muy diferentes.

Algo similar vale para el campo de la intervención. Si bien hay casos donde la interconsulta entre psiquiatras y otros profesionales es necesaria, y el apoyo de los medicamentos es legítimo, los suicidólogos coinciden en que estamos muy lejos de una explicación monocausal de corte neuropsicológico y de una terapia exclusivamente basada en fármacos. Por el contrario, la experiencia clínica advierte de los riesgos inherentes a las terapias centradas en el uso exclusivo de fármacos, sin otro tipo de apoyo. Hoy es común observar en los periódicos y revistas, impresos y online, noticias como esta:

El abuso de productos farmacéuticos ha sido el factor principal en el aumento de muertes por drogas, que se han duplicado en los últimos diez años (entre 1999 y 2009) y alcanza ahora un promedio de una cada 14 minutos. Agresivas campañas de marketing de las compañías farmacéuticas y las normas relajadas para los médicos en la prescripción de medicamentos han contribuido a su propagación. Los medicamentos de los cuales se abusa más comúnmente son oxyContin, vicodin, xanax, soma y fentanilo. De hecho, las sobredosis de prescripción son más numerosas que las muertes causadas por la heroína y la cocaína juntas. (Brinkerhoff/ AllGov News, 2011)

Esto nos advierte de la responsabilidad de los profesionales en salud para evitar que, en torno a una hipótesis unicausal relacionada con un determinismo orgánico, se edifique una ideología que, -a fuerza de propaganda y de mostrar de manera insistente y exclusiva un costado parcial del fenómeno- termina generando una idea generalizada que asocia el suicidio con la depresión y su tratamiento con los antidepresivos.

El trabajo propio de la comunidad académica del campo de la salud es mantener este factor en el lugar que le corresponde, tanto en la explicación como en la intervención del fenómeno del suicidio, manteniendo a distancia los intereses de la industria farmacéutica.

Algo similar ocurre con las investigaciones de corte clínico que iluminan la dimensión psicopatológica del fenómeno. Estas, indudablemente, contribuyen a su estudio e intervención terapéutica; pero si se trata de agotar la comprensión del fenómeno desde esta perspectiva, se producirá una reducción patologizante un fenómeno que no se presenta exclusivamente en personas que padecen trastornos mentales.

Otro tanto podemos decir de las investigaciones de corte sociológico que muestran cómo las violencias y las agresiones estructurales de la sociedad se pueden

reproducir en los individuos bajo la forma de autoagresiones. Si construimos sobre este factor una explicación unicausal y una propuesta de intervención unidimensional, estamos iluminando un costado del fenómeno y arrojando una sombra, problemática quizás, sobre todos los demás.

### **3.2 La agresividad constitucional del ser humano y las violencias institucionalizadas de la sociedad**

Los seres humanos no llegamos neutros a un mundo neutro. Todo lo contrario, llegamos dotados con unas pulsiones destructivas (Freud, 1938) que la mayoría de los seres humanos emplean a favor de la vida, pero que también pueden volverse letales bajo ciertas circunstancias.

En consecuencia, llegamos a un mundo en el que la violencia es un hecho cotidiano y donde las violencias simbólicas que se ejercen por medio de la manipulación de los universos simbólicos (Berger y Luckmann, 1964) son más eficaces, menos evidentes y más peligrosas para los seres humanos, que algunas violencias físicas más evidentes.

Ciertamente cada ser humano al momento de nacer no llega a un mundo neutro; ingresa a un conjunto de juegos de roles donde ya existe una violencia institucionalizada. Un mundo que puede contener el germen de la violencia que va a interiorizar y luego se convertirá en un factor fundamental en la construcción de un plan de acción suicida.

Algunos ejemplos básicos permiten comprender mejor las implicaciones políticas de este planteamiento. Todo neonato que llega al mundo es inscrito en un género masculino o femenino, plasmado en una notaría o en el registro público. También queda inscrito en una clase social definida por sus apellidos. La nacionalidad que figura en su documento lo sitúa en la geografía y la historia de su país, con sus violencias sociales, sus guerras y su lugar más o menos favorable o desfavorable en el ordenamiento mundial. También llega a una cultura donde existen diferentes formas de violencias legitimadas. Sin ser exhaustivos en la enumeración, también llega a una etnia en un mundo en el que históricamente el factor étnico ha sido un factor de segregación, exclusión e incluso de exterminio.

Carmona, Jaramillo, Tobón y Areiza (2011) afirman que

cada rol que nos adjudican y que asumimos tiene efectos sobre nuestro comportamiento; define unos límites y unas posibilidades... cada rol tiene

un aspecto social, en la medida en que depende de las definiciones del mismo que comparten los integrantes del grupo, y otro componente que se relaciona con la particularidad que le imprime el actor social que lo desempeña. (p. 11)

El proceso de socialización de todo ser humano es a la vez el ingreso a los roles en los que está inscrito y al “agenciamiento” (Berger y Lukcmann, 1964) y padecimiento de las violencias inherentes a dichos roles: por la vía de la adscripción a un género podrá agenciar la violencia legitimada socialmente para los sujetos pertenecientes a dicho género, y deberá arreglárselas con las violencias igualmente legitimadas que el conjunto social ejerce sobre los individuos pertenecientes al suyo propio. Otro tanto ocurre con los roles relativos a lo socio-económico, o a la pertenencia a minorías sexuales, religiosas y étnicas. Luego habrá otros roles que podrá elegir y abandonar voluntariamente, pero los roles fundamentales, con base en los cuales construirá su identidad, no son opcionales. Adicionalmente, como lo expone Carmona (2012),

existen otras formas de violencias institucionalizadas y en algunos casos legalizadas, e incluso exaltadas, que podríamos denominar violencias estructurales, traducidas en formas abiertas de exclusión, expoliación, segregación, entre otras. Y no hay más que un paso entre este tipo de violencia estructural y la violencia cruda y abierta como el homicidio y el suicidio (p. 317).

Una de las dimensiones fundamentales del proceso de construcción de la subjetividad es la interiorización del universo simbólico de la propia cultura, con los diversos juegos de lenguajes donde debe desempeñarse cada ser humano (Pichón, 2001). En ese proceso, la dotación pulsional agresiva, su mayor o menor intensidad, jugará un papel importante en el desarrollado de la organización subjetiva, que en algunos aspectos funcionará con cierta autonomía, pero que en lo fundamental seguirá transformándose de manera permanente en sus interacciones con los otros y, por intermedio de ellos, con las estructuras de género, las clases sociales, las económicas y, en general, los efectos de violencia de las grandes estructuras de poder que rigen el mundo.

Las pulsiones agresivas, que hacen parte de la dotación de todo ser humano, encontrarán sus aplicaciones en los diferentes roles que desempeña cada actor social; en algunos casos se podrá potenciar su expresión más abierta y desnuda y en otros,

por el contrario, se verá obligada a volverse contra el propio individuo con consecuencias potencialmente letales.

### 3.3 Responsables de nuestros comportamientos destructivos y autodestructivos

En este punto es donde un abordaje interaccionista del suicidio exige incluir en el aparato conceptual conceptos como, “capacidad de agencia”, “responsabilidad”, “ética” y política, incluso “libertad”.

Un animal no puede ser ético ni antiético; tampoco podemos suponerle una capacidad de responsabilidad política, porque los animales (aunque los idealicemos como símbolos de libertad) en realidad son prisioneros de su información genética que gobierna implacablemente su comportamiento. Un animal no tiene opción de ser sino aquello que está escrito en sus códigos genéticos. Mientras que un ser humano, debido a que se relaciona con el mundo a partir de construcciones simbólicas, siempre tiene la posibilidad de ser otra cosa, es decir tiene una libertad, mayor o menor, de decidir sobre su ser: ser un suicida, un homicida, un guerrillero o un pacifista, así como ser un sacerdote, un docente, un delincuente o un mercenario; son opciones, no destinos.

El reconocimiento de la influencia de las violencias de las estructuras sociales y culturales en el desarrollo del ser humano y la constatación de su dotación pulsional destructiva, no implica que esté condenado a la violencia, al asesinato o al suicidio. La historia de la humanidad muestra que la mayoría de los seres humanos conviven con las violencias sociales y sus pulsiones sin convertirse en asesinos o en suicidas. En cada ser humano existe lo que podríamos llamar una “capacidad de agencia”, es decir, una capacidad de autodeterminación relativa. Esta capacidad de agencia la podemos definir como la capacidad de influir en su mundo exterior e interior y en su entorno.

Justamente, en la medida de esa capacidad de agencia, cada ser humano es responsable individual y colectivamente con los otros de su comunidad, de las violencias que agencia y sus consecuencias. Ciertamente, la capacidad de agencia y la responsabilidad de un gobernante y un empresario en el destino de una ciudad o un país son mayores que las de un obrero; pero en el escenario doméstico y en la relación de pareja, la capacidad de agencia de éstos últimos puede ser mayor que la de sus esposas y sus hijos. La responsabilidad ética y política de cada agente social también

está en función de sus roles en los diferentes juegos de lenguaje en los que interactúa socialmente.

En este sentido, el reconocimiento de las violencias estructurales que soporta un ser humano no puede ser la excusa para justificar el ejercicio de la violencia quien ejerce un rol con alguna clase de poder. Tampoco, la apelación a la influencia de las violencias históricas en la constitución de su subjetividad puede ser una justificación. No se puede justificar la violencia sexual, por ejemplo, con el argumento de que el victimario en su infancia fue una víctima de la misma.

Respecto al suicidio, vale añadir otro tanto: ni la interiorización y el agenciamiento de las diferentes violencias sociales que padecemos cotidianamente (y a veces también disfrutamos de una manera abierta o encubierta), ni las huellas que dejan en toda persona las diferentes formas de violencias física, sexual y simbólica, padecidas en posición pasiva en la infancia, ni siquiera una disposición pulsional particularmente desfavorable, explican por sí mismas un solo caso de suicidio. Siempre encontraremos otras personas en idénticas o peores circunstancias que, pese a todo, no optaron por acabar con sus vidas.

Es por ello que subrayamos la importancia del examinar el presupuesto ontológico que está en la base de cada proyecto de investigación, porque si el ser humano se concibe como un objeto de las variables, podemos estar todavía en una causalidad mecánica. El verdadero salto a una visión interaccionista es articular los estudios sobre las diferentes variables estudiadas por los enfoques deterministas con la idea de un sujeto responsable que, por ello mismo, es a la vez, ético y político.

Ahora bien, un abordaje bio-psico-socio-cultural que incluya la noción de un sujeto ético y político, de un fenómeno como el suicidio, no se agota con el inventario que hemos presentado de cada una de las visiones. El paso de la multidisciplinariedad a la intertransdisciplinariedad implica encontrar los conceptos y sus circuitos relacionales, que contribuyan a mostrar los anudamientos y desanudamientos, las tensiones, las solidaridades, las filiaciones y las contradicciones que relacionan cada uno de estos ámbitos, a propósito del problema que nos ocupa.

### 3.4 El triple anudamiento biopsicosocial en la comprensión del suicidio

Como estrategia de construcción conceptual abordaremos primero la relación de lo psicológico y lo social, es decir lo psicosocial; luego articularemos el tercer elemento de lo biológico para completar el bucle.

Antes que individuos, somos seres psicosociales, y por ello cuando se suicida un integrante de una comunidad, se genera angustia en el resto del grupo, preocupado por este acontecimiento. La angustia atestigua el sentimiento de responsabilidad colectiva, porque el suicida está haciéndose cargo de un elemento de autodestrucción del que un grupo es responsable, sea este la familia, empresa, institución educativa o la sociedad en su conjunto.

Para el problema que nos ocupa podemos decir que ningún suicidio deja indemne a los otros significativos, ni a la comunidad del suicida y, a la vez, que en todo acto suicida es lícito y necesario interrogar la responsabilidad colectiva.

Tanto la psicología como la sociología clásica constatan este hecho desde sus respectivos aparatos conceptuales. Freud, por ejemplo, explica el suicidio en virtud de la identificación con un objeto hostil que se instala en el superyó y desde allí emprende su acción destructiva contra el yo. Podríamos decir que hay identificaciones asesinas. Efectivamente, Freud interpreta el suicidio como un homicidio en el que un objeto, que una vez fue externo, se interioriza y allí, en el interior de la subjetividad, termina la tarea iniciada por el otro en el vínculo externo.

Esta relación de continuidad entre lo exterior y lo interior podemos constatarla también en la influencia del suicidio de personajes públicos, como artistas y deportistas, y en el desencadenamiento de comportamientos suicidas en algunos jóvenes para quienes constituyen referentes identificatorios.

La psicología social, el socioconstruccionismo y en general el pensamiento social afín a la sociología del conocimiento, de Berger y Luckman, y al interaccionismo simbólico de Mead, Blumer, Stryker e Ibañez, nos abren la posibilidad de pensar que en ciertos contextos de interacción “el suicida” puede ser un rol adjudicado por el grupo y asumido por uno de sus integrantes. Digámoslo de una manera más amplia, para evitar simplismos: un integrante o un pequeño grupo puede agenciar la dimensión autodestructiva del grupo o la comunidad y en algunos casos este agenciamiento

puede desembocar en acciones directamente suicidas. En otras palabras, hay roles suicidógenos, es decir, roles que entrañan un factor particular de vulnerabilidad para el actor social que, en ciertas interacciones, pueden hacer emerger comportamientos suicidas.

Ciertamente, hay roles como la víctima del bullying, o del del moobing, el abusado sexualmente, el excluido, que entrañan un factor de vulnerabilidad con respecto a los comportamientos suicidas. Pero no hay que derivar de esto un determinismo del rol o un fatalismo: no todos los sujetos que son víctimas de estas agresiones, responden a ellos con comportamientos autodestructivos; incluso, cuando ocurre un desenlace fatal, derivado de estas dinámicas vinculares, ocurre en un momento y no en otro, de una manera y no de otra, en un actor social y no en otro. En esto se verifica la capacidad de agencia del actor social y el lugar que debemos reservarle siempre en cualquier intento de explicación de un comportamiento como el que nos ocupa.

Cada tanto aparecen reportajes en revistas periodísticas acerca de suicidios desconcertantes de jóvenes académicamente brillantes, líderes reconocidos entre sus compañeros, sin antecedentes clínicos y de familias funcionales, que rompen con el perfil de riesgo más difundido por los manuales de prevención. Estos casos exigen ampliar el enfoque tradicional que pretende edificar predicciones a partir de factores exclusivamente referidos a la personalidad y circunstancias vitales de los individuos y que deja de lado el papel que tienen el contexto, los vínculos y la capacidad de agencia en la aparición de dimensiones inéditas de la subjetividad de un ser humano.

La psicología social muestra ampliamente como ciertos vínculos, o más exactamente ciertas situaciones vinculares, producen profundas transformaciones en la personalidad y el comportamiento de un ser humano, en lapsos de tiempo extremadamente cortos. Los llamados “reality” y los fenómenos de masas son ilustrativos en este sentido. También, en las dinámicas de competencia, exhibición de temeridad y el placer de bordear los límites se generan contextos donde los jóvenes, en uso de todas sus facultades, pueden poner en juego su vida y perderla. En los congresos de suicidología ya hay consenso en que no todo el que se suicida o intenta hacerlo, quiere morir.

### **3.5 El suicidio en el escenario universitario: acciones, interacciones y significaciones**

La universidad es una organización que, como todas, funciona como un juego de roles dentro de los cuales despliegan su actividad algunos actores sociales; entre ellos elegimos uno como protagonista en esta investigación: el estudiante.

Este proyecto se realizó en 17 instituciones universitarias de cuatro departamentos Colombianos: Cundinamarca, Antioquia, Córdoba y Caldas y en tres recintos de sendas localidades de una Universidad de Puerto Rico. La edad límite mínima de los estudiantes que participaron en la investigación fue de 18 años cumplidos durante el año anterior. Las tres categorías que orientaron la búsqueda fueron: las acciones, las interacciones y las significaciones.

#### **3.5.1 Las acciones**

En este proyecto la acción es entendida como praxis social significativa que implica la existencia de un cuerpo, una subjetividad y un contexto. El cuerpo, con sus procesos neurobiológicos y sus cargas vitales y mortíferas, sus pulsiones que nacen en el territorio de los tejidos, las neuronas, y los impulsos químicos y eléctricos y adquieren una expresión psíquica amorfa o multiforme; la subjetividad, que tiene como una de sus primeras tareas cumplir con los mínimos para la supervivencia del organismo que le sirve de soporte y que está siempre expuesta a los reclamos de satisfacción de las pulsiones propias de la organización corporal, y que en cada acción tiene que conciliar los imperativos corporales con los requerimientos del contexto de interacción, que en el caso del ser humano es, por excelencia, la cultura, en la cual siempre interactúa desde un rol con otro ser humano que a su vez responde desde su propio rol, y ambos roles organizados dentro de un juego lingüístico.

#### **3.5.2 Las interacciones o vínculos**

De acuerdo con el triple anudamiento mostrado en los apartados anteriores, los vínculos humanos acontecen en una red de redes que tiene como su soporte empírico los cuerpos y la naturaleza, que les definen a los seres humanos límites y posibilidades y, a la vez, servidumbres y formas de satisfacción; pero cuya organización depende, ya no tanto de lo natural, como de campos simbólicos específicos en los que cada ser humano se vincula con otros e interactúa cotidianamente.

Estos campos están estructurados como pequeñas redes: la familia, la empresa, la comunidad barrial, la comunidad religiosa, la red de amistades, etcétera.

Dos elementos fundamentales para tener en cuenta sobre esta particular definición de la noción de vínculos en este proyecto, es que éstos no se conciben como estructuras fijas y determinismos absolutos de la acción, sino como estructuras dinámicas, abiertas y en permanente transformación, donde los actores sociales desempeñan sus roles de una manera activa y creativa, que conlleva un proceso permanente de redefinición mayor o menor de dichos roles.

“Concebir la subjetividad humana como una estructura de auto-interacciones permite entender que en su interior puedan presentarse conflictos, incluso auténticas batallas interiores, que pueden implicar gastos enormes de energía y derivar en patologías graves y, por supuesto, en suicidios” (Carmona, 2012, p. 22).

No obstante, Carmona (2013, citado por Carmona, Gaviria y Layne, 2014) menciona la tesis de Mead (1938), según la cual “la persona y su personalidad son emergentes de las interacciones, es posible encontrar que la conducta suicida surge como efecto y reacción de las relaciones y los vínculos que los individuos establecen durante su existencia” (p. 104).

### 3.5.3 Las significaciones

Saussure (1945) plantea que la relación entre el significante y el significado no es una relación necesaria, sino arbitraria. Esto quiere decir que un mismo significante como madre, padre, esposa, etc., no tiene un significado fijo sino que éste es cambiante y puede llegar, incluso, en circunstancias particulares a tener significados opuestos y contradictorios entre sí. Una poeta como Alejandra Pizarnick, lo dice de una manera elocuente: “toda palabra dice lo que dice, y además más, y otra cosa” (1971, p. 18). La misma poeta muestra cómo el significante madre puede tener dos significados opuestos “la madre es, a la vez, tierra que sostiene y mar que devora” (1971, p. 18). Algunos suicidios pasionales en los que un ser humano manso y pacífico, tras enterarse de una infidelidad de su pareja la asesina y luego se suicida, no se comprenden si no tenemos en cuenta esta propiedad del significado. El mismo significante “esposa”, que un momento antes tenía un significado particular, a partir de la noticia de la infidelidad cambia radicalmente de sentido y eso trae consecuencias en la redefinición del vínculo y en la acción del sujeto.

Otra diferencia importante y útil para esta investigación que plantea Saussure (1945) es entre los conceptos de “lenguaje”, “lengua” y “habla”. El “lenguaje” es la noción más amplia y más abstracta asociada con la facultad que tenemos los humanos. La “lengua” alude a la estructuración de un lenguaje particular, en nuestro caso el castellano. El “habla” es la realidad histórico-social de dicha lengua; el habla castellana, como las demás hablas, se materializa en las ciencias, filosofías, novelas, mitos, tradiciones orales y conversaciones cotidianas en las que esa lengua vive. Si articulamos el concepto de habla con las nociones de esta investigación, el habla es la lengua puesta en juego en la acción social a través de los vínculos sociales que ella misma contribuye a estructurar. El habla de cada comunidad humana está organizada bajo la forma de un conjunto de relatos hechos de significados en los que habitan dioses, demonios, seres mágicos y míticos, que encarnan la bondad y la maldad, y que guían al ser humano en relación con referentes fundamentales como la felicidad y la desdicha, lo sagrado y lo profano, la gloria y la ignominia.

En la dimensión del habla se encuentra la dimensión del significado, y con éste entran en el mundo de las ideas y las ideologías, las pasiones, los amores y los odios, que pueden convertir un cuerpo en una máquina de guerra o en un arma letal en contra de sí mismo.

El aspecto destacable del habla, para efectos de esta investigación, es que es inseparable del “significado”. Esto se constata a diario con la exclusión que sufren aquellos que en una conversación no logran comprender de qué se habla.

Detenernos en este concepto de significado es pertinente para esta investigación porque, justamente, los seres humanos tenemos la particularidad de suicidarnos por significados. La reprobación de un período académico, el significado social de haber sido burlado por la pareja, la vergüenza por el conocimiento público de un comportamiento privado condenado socialmente, la mancha de la autoimagen por haber sido en la infancia el objeto de comportamientos condenables por parte de adultos significativos, y muchas otras motivaciones suicidas, serían incomprensibles sin aludir a este hecho fundamental, a saber: en los seres humanos los significados transforman los vínculos y las acciones, más aún, que las acciones y los vínculos están tejidos con significaciones.

En este campo de las significaciones, Carmona y Cañón (2016) concluyen que “las ideas e ideales que adquieren la condición de lo absoluto y las construcciones simbólicas radicales que dividen el mundo en pares de opuestos irreconciliables entre

sí, pueden llegar a afectar radicalmente la imagen que tienen los jóvenes de sí mismos y asociarse con procesos autodestructivos” (p. 124).

## Referencias

- Agulló, E. (2014). *Jóvenes, trabajo e identidad*. Oviedo: Universidad de Oviedo, Servicio de publicaciones.
- Berger, P. & Luckmann, T. (1986). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Blandón Cuesta, O. M. y Andrade Salazar, J. A. (2015). Aproximación al funcionamiento neurobiológico de la persona suicida. En: En J. A. Carmona (comp.) *El suicidio: cuatro perspectivas*. (pp. 7-25). Medellín: Funlam.
- Blumer, H. (1982). *El Interaccionismo Simbólico, Perspectiva y Método*. Barcelona: Hora.
- Brinkerhoff, N. (27 de septiembre de 2011). En Estados Unidos, el consumo de medicamentos causa más muertes que los accidentes de carros. *Contrainjerencia*. Recuperado de: [www.contrainjerencia.com/?p=25965](http://www.contrainjerencia.com/?p=25965)
- Carmona, J. A. (2012). El suicidio: un enfoque psicosocial. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 3(2), 316-339.
- Carmona, J. A., Jaramillo, J. C., Tobón, F. y Areiza, Y. A. (2011). *Manual de prevención del suicidio para instituciones educativas*. Medellín: Fondo Editorial Funlam.
- Carmona, J. A. y Cañón, S. C. (2016). La prevención del suicidio en el escenario universitario. En: J. A., Carmona (Ed.) *Ensayos académicos en torno al suicidio*. (pp. 101-124). Cali: Fundación Participar IPS.

- Carmona, J. A., Gaviria, J. M., García, J. J., Layne, B. y Padilla C. (2013). Intento de suicidio y otros comportamientos autodestructivos en estudiantes universitarios colombianos. *Revista de investigaciones, UCM*, 12(21), 14-21
- Freud, S. (1992). *Psicología de las masas: más allá del placer; el porvenir de una ilusión*. Madrid: Alianza Editorial.
- Heidegger, M. (2003). *Ser y el tiempo*. Madrid: Trotta.
- Mead, G. H. (1999). *Espíritu, persona y sociedad desde el punto de vista del conductismo social*. Buenos Aires: Ed. Paidós
- Oquendo, Galfalvy, Russo, Ellis & Mann. (2004). Prospective study of clinical prediction of suicidal acts after a major depressive episode in patients with major depressive disorder or bipolar disorder. *Am. J. Psychiatry*, 161(8), 1433-41.
- Pichon-Riviére, E (1977/2001). *El proceso grupal*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Pizarnick, A. (1971). *El infierno musical*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Saussure (1945). *Curso de Lingüística General*. Barcelona: Losada.